

bia costado mucho trabajo hallarlos, creyó que así era, y pasaron los frijoles por imposibles. Todos los dias se acuerda su padre de este chiste, y me da con esto en la cara.

En verdad que estuvo bien gracioso, y tú te verias harto apurada, dijo Eufrosina. Continuaron aquellas señoras hablando de sus maridos y de sus hijos largamente, hasta que tocaron en el punto de las modas, y comenzaron á disputar sobre cómo seria mejor un túnico de iglesia, si morado ó negro, si con mangotes de punto ó con guantes; y así sobre otras cosas de estas, que no me divertian ni una migaja.

Entónces me levanté con disimulo y me fuí á mi vivienda, donde se continuó por el coronel la última conversacion de la chata, pero con el juicio y solidez que acostumbraba.

CAPITULO IV.

Que trata de la primera educacion de los niños, y de otras cosas que no disgustarán al lector.

Como me dilaté en la vivienda de Eufrosina, me extrañó el coronel y pre-

guntó el motivo. Le contesté que habia estado divertido oyendo platicar á la señora D.^a Eufrosina y sus visitas. Esto excitó su curiosidad, y quiso saber las materias que se trataron en la conversacion, y yo lo satisfice contándole lo que no lo podia agraviar, como fué lo de los imposibles de Luisillo.

Reian grandemente los señores con este cuento, especialmente Matilde, que apenas lo queria creer, hasta que su marido le dijo: No te haga fuerza, hija mia, la tal impertinencia de ese niño, porque todos los consentidos son lo mismo. El Abate Blanchard trae otro caso igual. Tenia una señora un niño de estos enseñado á que le habian de dar cuanto queria. Los criados estaban impuestos á obedecer su gusto, porque el niño no habia de llorar sin que se le complaciese. Engreido con esta costumbre, un dia comenzó á llorar y mas llorar, con tal tenacidad, que lo oyó su madre, y llena de cólera reconvino al criado que lo cuidaba, diciéndole que por qué no le daba al niño lo que queria? El criado respondió: Señora, es imposible que yo le dé lo que quiere, pues me pide que le baje la luna y la ponga en un vaso

de agua. Bien puede, pues, estar llorando hasta el fin del mundo, que yo no le bajaré la luna. La señora quedó convencida de la impertinencia de su hijo; pero el autor no dice si quedó corregida.

Ninguna cosa contribuye tanto á corromper las costumbres de los niños, y á hacerlos orgullosos y malcriados, sino la indiscreta condescendencia de las madres. Conducidas por un amor excesivo y por un imprudente cariño, contemporizan con ellos en cuanto quieren. Por tal que el niño no llore, le dan todo lo que apetece, en el momento que insinúa su voluntad con las lágrimas. De aquí nace que se crían indóciles, orgullosos é impertinentes; pierden el respeto á sus padres y el amor á un mismo tiempo; y enseñados á hacerse obedecer con el llanto, no agradecen los mismos agasajos, creyendo que se les deben de justicia.

Como estamos convencidos, dice Blanchard, de que de los llantos de un hijo bien ó mal comprendidos, y bien ó mal dirigidos por la ternura de las madres, nace casi todo el arte de la primera educacion, añadiremos algunas reflexiones juiciosas que hace á este asunto *Mr. Rousseau* en su

Emilio, en donde entre tan gran número de errores perniciosos, se hallan verdades útiles. „Los primeros llantos de los niños, dice, son ruegos: si no se cuida de ellos, en breve llegan á ser órdenes; comienzan por hacerse asistir, y acaban haciéndose obedecer....”

„Los largos llantos de un niño que no está atado ni enfermo, y que no le falta nada, no son sino llantos de hábito y obstinacion: no son obra de la naturaleza, sino de la que los cria, que por no saber tolerar la importunidad, la multiplica, sin advertir que haciendo callar hoy al niño, lo excita á llorar mañana mucho mas. El único medio de curar ó precaver esta costumbre, es no hacer aprecio de sus llantos, pues nadie quiere tomarse un trabajo inútil, ni aun los niños. Lloran, porque conocen que llorando consiguen lo que quieren; pero si se tiene tanta constancia para negarles, como ellos porfian para pedir, fácilmente ceden, se disgustan de sus llantos, y no vuelven á llorar mas. De este modo se les ahorran las lágrimas, y se les acostumbra á no derramarlas, sino cuando el dolor les fuerza á ello....”

„No necesitan los niños para llorar to-
Tom. II. 7

do un dia, sino percibir que no se quiere que lloren. Lo peor es que la obstinacion que contraen, sigue por consecuencia en su mayor edad. La misma causa que los hace llorones á los tres años, los hace sediciosos á los doce, díscolos á los veinte, imperiosos á los treinta, é insoportables toda su vida.”

Luego que un niño manifiesta las primeras señales de conocimiento (continúa el Abate citado) es necesario precaver en él toda obstinacion é indocilidad. La porfia es el defecto de la mayor parte de los niños; pero se puede decir que lo deben, casi siempre, á la primera educacion, pues se condesciende á todas sus fantasías. Lo que se les ha negado á sus ruegos, se les concede á su importunidad, á sus llantos y á sus violencias; y aun los dejan vengarse y dar golpes. „Yo he visto, dice el autor del *Emilio*, ayas y madres imprudentes animar la porfia de un niño, excitarlo á pegar, dejarse pegar ellas mismas, y reir de sus febles golpes, sin pensar que eran otros tantos homicidios en la intencion del niño furioso, y que aquel que quiere pegar siendo chico, querrá matar siendo grande.”

Estas son, querida Matilde, unas verdades tan evidentes, que no necesitaríamos que nos las recordaran los autores, si atendiéramos con reflexion á la experiencia. No son los niños mas consentidos los menos llorones, lo contrario, son los mas impertinentes y enfadosos.

Yo convengo en que es muy tierno y natural el amor á nuestros hijos, que causa pena el verlos afligidos y llorando, y soy de parecer que se les debe dar gusto en cuanto sea inocente y razonable; pero no generalmente en todo, solo porque no lloren y por excusarles un ligero sentimiento. Aquí está todo el daño de la imprudencia. Es lo mismo que querer curar un mal pequeño con uno grave.

No es menester mucha penetracion para conocer los funestos resultados que trae á los hijos y á los padres la ciega condescendencia de estos, ni es tan difícil el poderla reprimir en los principios. Mientras los padres ó las madres amen á sus hijos como deben, les será fácil el desentenderse de sus llantos cuando venga, para hacerlos sumisos y obedientes.

Si un niño llorara por coger con su ma-

nita un alacran, seguro está que la madre mas indolente se lo diera, aunque llorara hasta no mas. ¿Y por qué? Porque conoceria que aquella sabandija era venenosa, y que podia picarlo y acarrearle la muerte, ó un gravísimo daño á su salud. ¿Pues por qué no tiene igual cuidado en no permitirles que logren sus caprichos como que son siempre nocivos y bastantes á envenenarles el espíritu, y á acarrearles unas enfermedades morales de su vida?

Por desgracia, ordinariamente los niños no se ven rodeados sino de un enjambre de mugeres ignorantes, que con muy buena intencion conspiran á hacerlos malcriados insufribles. Las madres, las nodrizas ó chichiguas, las ayas ó pilmatas, las maestras, las parientas, las amigas y hasta las criadas de las casas, que hacen sino pervertir el espíritu del niño desde los principios, fomentar sus caprichos, inspirarle errores, apoyar sus falsas ideas, defender sus extravagancias y adular sus inclinaciones á diestro y á siniestro.

La ira, la envidia, la venganza, la falsedad, el disimulo y otros defectos como estos, no se notaran tan temprano en las criaturas, si los que estan encargados de

su educacion y asistencia fueran como debian ser, gentes de probidad é instruccion que sofocaran las malas semillas del vicio en sus principios (*); pero sucede lo contrario. Quiere el niño alguna golosina, sea la que fuere á cualquiera hora, y aunque se conozca que le ha de hacer daño y que no tiene hambre, porque acaba de comer, se la dan porque no llore, y así lo enseñan á goloso: ve un juguete en poder de otro niño; lo pide y llora por él, hasta que se lo dan, y así le fomentan la envidia: se tropieza con el perro, se cae y llora, y al momento cogen al perro y se lo presentan para que lo golpée, y así le inspiran la venganza; llora otras veces por lo que se le antoja, y para callarlo le dicen: No, mi alma, no llores: los niños lindos como tú, no lloran: eso se queda para esos muchachos feos como el hijo de la cocinera; y este es un modo muy propio

(*) Todos los hombres nacemos con pasiones, y estas son las semillas del vicio por la prevaricacion del primer padre; pero con el auxilio de la razon, estas mismas pasiones pueden ser semillas de virtudes. El enseñar á los niños á sujetar sus pasiones á la razon, sería el grande arte de acostumbrarlos á sofocar la mala semilla del vicio y sus principios.

inspirarles soberbia y vanidad, haciéndoles formar un alto concepto de sí mismos, y enseñándoles á abatir y despreciar al infeliz. Si con esta y otras diligencias semejantes, aun no se calla, le hacen un ruido extraño, ó le señalan un cuarto obscuro, diciéndole que por allí ha de salir el viejo, el coco ó la bruja, que se lo ha de comer, y con tan terrible amenaza se logra que no llore; pero de paso se hace pusilánime, y se dispone su fantasía para admitir en la mayor edad las mas crasas supersticiones. Si quiebra un vaso ó hace otra travesura y lo regañan, no falta quien lo defienda, diciendo que no fué el niño sino el gato, y así aprende á mentir y á disculparse á toda costa.

¿Pero para qué he de insistir en probar con ejemplares una verdad que se nos entra por los ojos? Ello es cierto que hay personas que si estudiaran por principios el arte de malear á los muchachos, no lo habian de hacer con tanta gracia como lo hacen sin ningunos estudios, sino por una mera aficion al niño.

Lo peor es, que mil veces los hijos se educan mal contra las sanas intenciones de sus padres; ya porque no pueden

encargarse de observarlos todo el dia, ó porque las madres son abandonadas y opuestas á su modo de pensar, y entónces tienen los padres que ceder conociendo el perjuicio, por no chocarse, y acaso perder la paz del matrimonio. ¡Felices los casados cuyas voluntades van acordes en un asunto de tanta gravedad; pero mas felices los hijos á quienes cupo en suerte tener tales padres!

Así hablaba el coronel, cuando interrumpió su conversacion una visita. Esta fué la madre de la niña Gertrudis ó Tultitas, como le decian, aquella ahijada del coronel á quien confió el cuidado de Pudenciana siendo muy tierna. Tenia ya Tultitas como diez y seis ó diez y siete años, y era no solo bonita, sino muy hacendosa, humilde y grangeadora. Su madre.... parece que la estoy mirando, era una señora como de cincuenta años, blanca, entrecana, de ojos azules, de una nariz muy afilada, de un cuerpo muy bien proporcionado; y aunque con muchas arrugas y pocos dientes, se conocia que no seria despreciable en sus quince.

Su traje era un túnico azul de indiana con olancito blanco, un rebozo de Sulte-

pec y un pañuelo con que se abrigaba la cabeza. Luego que entró y pasaron las acostumbradas saluciones, se sentó, y dirigiendo la palabra al coronel, le dijo: ¡Qué habrá V. dicho, compadrito, que cuanto ha que no parezco por acá? Pero ya ve V. los trabajos de una pobre muger sola, que le aseguro á V. que no tengo lugar ni de rascarme la cabeza. Todo el dia se me va en hacer la diligencia; y con todo, sabe Dios los trabajos que he pasado; pero ya su Magestad ha querido abrimme camino, y eso es lo que vengo á noticiarle á V. y á mi comadrita, que sé que se han de alegrar de mi bien.

Es verdad que sí, dijo el coronel: no sabe V. cuanto me agrada esa noticia; segun mis cortas facultades siempre he procurado contribuir á sus alivios, lo que manifiesta que me ha debido bastante estimacion. Pero cuénteme V. despacio esa su buena fortuna, á ver si puede participar de ella nuestra Tulitas.

¡Ay! y cómo que sí ha de participar la pobre muchacha, decia la madre. Pues vea V. compadrito, que un señor que se llama D. Gervasio, es muy caritativo, Dios se lo pague: ha dado en visitarme de po-

cos dias á esta parte; y como me ha visto tan sola en mi cuartito y tan pobre, me ha tenido lástima, y me ha preguntado que si no tengo nada seguro, que de qué me mantengo, y otras cosas; y cuando le he dicho que no tengo sino tal cual costura y la caridad que V. me suele hacer, se ha compadecido mucho de mí; pero desde el otro dia que le dije que tenia una niña acá, se compadeció mucho, y me dijo: ¡Valgame Dios! ¡qué lastimas, qué miserias se ven en este Mágico! ¡Estar una madre separada de su hija, y una pobre niña arrimada en casa agena y fuera del abrigo de su madre! ¡Jesus, qué cosas! Pero V. señora, me decia, ¿por qué tiene á esa niña léjos de su lado? ¿No sabe V. que al ojo del amo engorda el caballo, y al lado de la madre se hacen felices las hijas? Vaya, que V. no debe de querer á esa pobre criatura.

Sí la quiero, señor, le decia yo: de fuerza la he de querer, si es mi hija, no nació de las yerbas: sabe Dios lo que lloro cuando me acuerdo de ella sin embargo de que está como en su casa. Entónces me preguntó que donde estaba y cómo se llamaba. Le dije que acá con su padrino, que

ella se llamaba Tulitas, y le di sus señas. El señor se alegró mucho al oirme; y me dijo que ya la conocia, que era de mucho mérito, y era una lástima que careciera de su madre; que si la única causa de esta separacion era la pobreza, que no tuviera yo cuidado, pues él era rico y solo, y no tenia en que gastar su dinero sino en hacer obras de caridad: que sacara yo á mi niña para que me acompañara; que contara todos los dias con dos pesos diarios; que buscara una casita de diez ó doce pesos, y una moza para que nos sirviera. Por lo que hace á la ropa, que él tendrá buen cuidado de que no nos falte nada; y para que yo no pensara que estos eran ofrecimientos de boca, me dejaba dos onzas de oro para que buscara yo la casa, y que en cuanto la hallara le avisara para que comprara los trastos que me faltaran.

Ya ve V., compadre, que de estas fortunas no se hallan todos los dias, y quizá Dios le ha tocado el corazon á este caballero para que nos remedie; y así vengo á darle á V. los agradecimientos por el tiempo que ha tenido á Tulitas en su casa, y á llevármela para que me acompañe, porque ya tengo yo tomada la casa, y está en

ella la moza, que el mismo señor me la buscó. Tiene mil gracias: ayer me llevó dos camas muy buenas y un baulito con dos piezas de breaña, diez varas de indianilla fina, cuatro pares de medias, dos tápalos, uno de seda y otro de trafalgar, y otras muchas cositas que solo me enseñó, y cerró y se llevó la llave; porque dice que hasta que Tulitas esté en casa me la dará, y le regalará á ella una cajita de halajas que era de su muger y no tiene á quien dársela; y así, compadre, yo vengo por Tulitas, porque esta ocasion no es de perder.

Oyó el coronel todo el razonamiento de la vieja, y luego que acabó le dijo: En verdad, comadre, que ese caballero es demasiado bueno. ¿Conque conoce á Tulitas, la ha visto en el balcon, y dice que tiene mucho mérito, y despues de esto quiere hacerle á V. bien y buena obra? ¡Válgate Dios por caridades! Si V. fuera sola, ó si la hija que tiene fuera fea, yo le apostara mis orejas á que no encontraba un caritativo semejante; pero es cosa muy comun favorecer á las bonitas con exceso, cuando las feas no hallan ni quien les dé los buenos dias.

No sea V. cándida, comadre; esa no es

caridad, es un anzuelo, una red que se tiende para que caiga el inocente pez. Quién sabe si yo juzgaré con temeridad. No conozco al tal señor, acaso será un hombre muy virtuoso, y su corazón estará limpio de malicia. Dígale V. que les haga la caridad que quiera á las dos, pero á V. en su casa y á la muchacha en un convento; y en haciéndolo así, jure V. que es un hombre de bien, y que hace perfectas caridades.

Ya se lo he dicho así, compadre; mas á eso me dice que él no es tonto para tirar su dinero en esas casas; que los conventos y colegios no sirven sino para criar flojas y holgazanas, pues no se entran en ellos las muchachas sino por necesidad y por moda, para que les digan niñas de convento: que allí lo que aprenden son muchas monerías y ridiculeces! que salen mas hipócritas que cristianas, pues acompañándose con muchas viejas supersticiosas, sirvientas necias y niñas forzadas ó que estan allí á fuerza, y que tienen bastante malicia para enseñar sus malas mañas, las aprenden fácilmente sus amigas, y pierden en los conventos la sencillez que conservan en sus casas al lado de sus madres; y por último, dice el señor que es

boberia meter en colegio ó convento á una niña que no tenga vocacion de ser monja, sino que piensa en casarse, pues en una clausura con dificultad se proporcionan novios; y que supuesto que mi hija no ha de ser monja, porque ó no tienen vocacion, ó no tiene dote, que mejor es que se quede en la calle conmigo, pues así se consigue que me asista y acompañe, y que tal vez mañana ú otro dia se case con ventaja; lo que no sucederá si la metemos en conventos, porque santo que no es visto, no es adorado.

Todo esto me dice el señor, y ya ve V., compadre, que dice muy bien; porque yo he visto mucho de lo que me ha dicho, y tengo muchísima experiencia, como que de muchacha estuve en convento, y allí supe muchas cosas, y aprendí mil tonteras y malas mañas; porque lo que era bueno y lícito, lo tenia por pecado, y escrupulizaba de ello; y así se enfadaba el confesor conmigo cuando le decia: Acúsome padre que dije delante de los hombres en reja, que me dolian las piernas, que tenia un tumor en una nalgá, ó una roncha en el ombligo, que son partes del cuerpo que yo llamaba con unos nombres que aun en los fandangos

hacen reir. Mi confesor, como dije, se incomodaba de esto, y me regañaba muy seguido. Me acuerdo que un dia, víspera por cierto de la Ascension, me dijo: Ya le he dicho Porque mi confesor era muy santo y muy seriate. A nadie hablaba de tú ni platicaba, sino por mucha fuerza, fuera del confesonario, ni recibia ningun regalito de sus hijas, ni queria á unas mas que otras, ni admitia papelitos, ni escribia ningunos, ni servia de empeño, ni hablaba en el confesonario sino de asuntos de conciencia, ni aprobaba virtudes, ni creia revelaciones, éxtasis ni arrobamientos, (*) ni Déjese V. de tantos nis, comadre, decia el coronel, que yo no quiero saber la vida de su confesor; aunque por lo que me ha dicho conozco que era un buen ministro de Dios; pero eso no viene al caso. Diga V. qué fué lo que le dijo la víspera de la Ascension, y acabe su cuento ántes que se me olvide lo que yo le he de contestar.

(*) La vieja no supo explicarse. El padre quiso decir, que no creia las visiones del sueño histórico, vanidad é hipocresia con que quieren engañar al confesor; pero sí creería los efectos verdaderos y singulares de la gracia divina.

Pues, compadre, decia la vieja, lo que me dijo mi padrecito ni así queria que le dijéramos sus hijas, sino mi confesor ó mi director. Vea V. qué tal era de serio; pero en fin, me dijo: Era menester un diccionario particular para confesar á las necias de conventos como tú, ó una singular inteligencia para comprender sus fraudes y gazmoñerías. Ya te he dicho que te confieses en castellano y no en esa gerigonza que no entiendo, sino á costa de mil preguntas. Tambien te he dicho que te confieses sin rodeos, y sin buscar frases con que ocultar ó disimular tus faltas, porque este modo de confesarse es efecto de una muy refinada soberbia y tontería, pues crees que Dios, cuyo lugar ocupo, se engañará con el artificio con que tratas de disminuir tu culpa y te perdonará mas fácilmente, ó á lo ménos me quieres engañar para estar bien conceptuada conmigo; lo que es una simpleza, pues el concepto que yo debo formar de tí, y el que tú debes querer que forme, es el que convenga á tu salud espiritual, y no á fomentar tu vanidad ni tu ignorancia.

¡Qué te importa engañar al confesor, ni

que este te tenga por una santa, si el que registra los rincones del corazon sabe que no eres virtuosa, como aparentas, sino una soberbia que vienes á la sagrada piscina de la penitencia, no á purificarte de tus culpas con corazon contrito y humillado, sino á revolcarte en tu mismo cieño, y á salir del baño saludable mas manchada de lo que entraste.

Te he dicho que la verdadera virtud no está reñida con la sinceridad: que los escrúpulos son perjudicialísimos para adelantar en el camino de la perfeccion: que hay escrúpulos de almas timoratas, y escrúpulos de hipócritas, como los tuyos. Te vienes á confesar de que le diste un palo al gato de tu nana (*), y no te confiesas de que se lo diste por vengarte de ella, ni de que te quisiste vengar porque te regañó porque la desobedeciste yéndote al patio á platicar con esa moza que te ha enseñado tantas cosas que nunca debias saber, y porque te ha evitado esa compañía que ha sido tan perjudicial á tu conciencia.

Cuánto trabajo me ha costado sacarte

(*) Ya se dijo quienes se llaman nanas en los conventos.

todas estas cosas, y hacerte confesar las culpas mortales que tú querias ocultar ó con malicia ó con ignorancia culpable, pues tú seguramente no querias confesar otra cosa sino que le diste un palo al gato, lo cual no puede ser culpa grave. Ya verá V. qué tal seria mi confesor.

Era muy bueno, dijo el coronel; pero no sé si me admire mas de la candidez de V. en confesar sus pecados ó de la memoria que conserva de la reprehension de su director, pues la sabe como una relacion; porque ese estilo se echa de ver que no es el de V. sino el de su confesor.

Pero, despues de todo, es necesario que V. advierta que ese señor no dice bien en todo lo que le ha dicho. Es verdad que en los conventos ó colegios de mugeres hay defectos que seria de desear se corrigiesen. Mas en qué parte no los hay en esta vida mortal y miserable? Es tambien verdad que algunas se entran en los conventos, ó por deseo, ó por antojo, ó por necesidad ó por fuerza, y no son estas seguras las que cumplen mejor con sus obligaciones; pero no es ménos cierto que tales casas no se fundaron para ser hospicios de disipadas, frívolas y holgadas.

zanas, sino para ser los planteles de la virtud, y los asilos de la inocencia, como efectivamente lo son. Los confesonarios son crisoles donde esta se prueba, y los púlpitos teatros en que se publica y se panegiriza cada dia. Y si no hubiera sido por los conventos, colegios y casas de enseñanza y clausura, establecidas para defender la virtud y honestidad de muchas, ¿cuántas á esta hora hubieran sido tristes víctimas sacrificadas á su indigencia y al libertinage de una tropa de infames seductores?

La utilidad de semejantes piadosas fundaciones es innegable, por mas que en ellas entren algunas persona díscolas, y no falten defectos que seria muy del caso corregir.

Llamo defectos á muchas preocupaciones que no dejarán de parecer ridículas á los sensatos, por mas que sus patronos las quieran vestir con el traje de la virtud.

Una de ellas es que las niñas que entren en este ó en aquel convento ó colegio, no usen túnico ni tápalo, ni el pelo abierto y caido sobre la frente, como lo usan todas las jóvenes decentes en sus casas, por mas honestas y virtuosas que sean; y aqui te-

nemos una preocupacion no solo extravagante, sino que puede ser perjudicial en algun caso.

Nada difícil es probar lo ridiculo de esta prohibicion, si se advierte que el túnico y el pelo colocado sobre el casco ó sobre la frente es ya en el dia un uso muy comun, y tan honesto en si, que las señoras timoratas lo llevan sin el menor escrúpulo, y con razon; porque el túnico ni la basquiña, el tápalo ó el paño de rebozo no harán ni á una sola muger virtuosa ó prostituida; y aquí se verifica que el hábito no hace al monge.

Ahora se debia advertir por las enemigas de los túnicos y trages del siglo, que no todas las niñas que entran en los conventos llevan designio de quedarse en ellos, ya por falta de vocacion ó ya de dote. Muchas entran por aprender las labores, costuras y curiosidades que aprenden las mugeres hacendosas, muchas por necesidad, muchas por antojo y algunas por fuerza. Todas estas van con la intencion de salirse luego que aprenden lo que quieren, ó cuando mude su suerte, ó cuando ya no quieran estar, ó no quieran que esten los que las mandan.